

Iker Unzu

ATRAPADOS EN EL PARQUE DE ATRACCIONES MALDITO



¡Tú decides
cómo acaba
la historia!



mñ

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Iker Unzu, 2025

Edición y fijación del texto: Rodrigo Palacios, 2025

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de portada e interior: © Luis Doyague, 2025

Fotografía de Iker Unzu: archivo del autor

Diseño de interior: María Pitironte

Recursos de interior: © María Pitironte, a partir de los originales de Shutterstock, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664, 08034, Barcelona (España)

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2025

Depósito legal: B. 1.889-2025

ISBN: 978-84-270-5248-2

Preimpresión: Safekat, S. L.

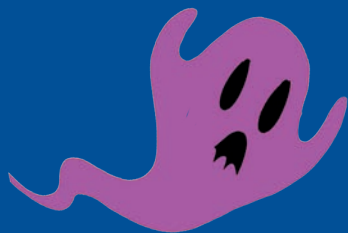
Impresión y encuadernación: Gomez Aparicio

Printed in Spain - Impreso en España



Iker Unzu

**ÁTRAPADOS EN EL
PARQUE DE ÁTRACCIONES
MALDITO**



mñ



La zona **Misterio tenía un aire tétrico.** Todo lo que había allí daba mala espina. El suelo era de cemento gris y había huellas de pisadas de esqueletos y de ratas. Los árboles estaban secos y los pájaros que se posaban en ellos miraban fijamente a los visitantes, como si estuvieran pensando en abalanzarse sobre ellos.

Las únicas dos atracciones de aquella zona eran la casa del terror y el tren de la mina.

—Si tenemos que buscar un objeto en esta zona, yo empezaría por entrar en la casa —propuso Iker.

—**iNo!** —respondió enseguida Inés—. ¡Hay un tren! ¡Yo quiero ir al tren!

Los hermanos de Iker estaban obsesionados con los trenes. Siempre que veían uno, tenían que subirse. No importaba si era de verdad o de juguete. Los trenes tenían algo superatractivo para ellos. Cada vez que acompañaban a sus



padres a la compra, primero tenían que montar en el pequeño tren que recorría el centro comercial. Cuando iban de viaje, querían hacer todos los recorridos en tren o en metro. El primer museo que visitaban en cualquier ciudad era el museo del ferrocarril o el que tenía maquetas de trenes.

—**Qué manía, ¡siempre igual!** —se quejó Iker yendo hacia la casa del terror—. Tened un poco de paciencia, ¡que nos montaremos en las dos cosas!

No había ningún acceso marcado para la casa del terror, así que Iker llamó a la puerta igual que si se tratara de una casa normal y corriente.

—**Nadie abre. No están en casa** —dijo enseguida Álex—. ¡Venga, vamos al tren!

Iker ignoró a su hermano y probó a llamar a la puerta de nuevo.

De repente, la madre de Iker soltó un grito tremendo.

—¿Qué hacéis?! ¡Esperad!

Iker se dio la vuelta y descubrió que sus hermanos ya se habían subido en el tren de la mina.

—**¡NO ME LO PUEDO CREER!** —exclamó Iker.

Todos echaron a correr y lograron subir justo antes de que la atracción diera comienzo. Era un tren sin techo ni paredes, con dos asientos por fila y una pequeña locomotora negra, igual de siniestra que todo lo demás, en primera posición.

La abuela de Iker fue la última en llegar y tomar asiento atrás del todo.

—**Ay, madre,** casi se me sale el corazón del pecho —dijo—. ¡No me hagáis correr tanto!

Los hermanos de Iker no hicieron ni caso. Estaban sentados tan contentos en la primera fila, justo detrás de la locomotora. Detrás de ellos iba Iker, sentado al lado de su padre. Atrás iban su madre y su abuela.

Sonó un silbato y el tren se puso en marcha.

—**¡¡Bien!!**— gritaron Inés y Álex.

La vía penetraba en una cueva de paredes grises e iluminada solamente por una hilera de lámparas de mina. El tren iba despacio.

—**¡Más rápido!**— chilló Álex.

Pero el tren continuó a la misma velocidad. Después de recorrer la primera galería, llegaron a una sección más amplia en la que varios muñecos animatrónicos saludaban al tren. Tenían los ojos iluminados de color rojo y sonreían de un modo un tanto inquietante, mientras se escuchaba una música igualmente tétrica. Pero eso era todo.



—**Jolín, vaya rollo...** —protestó Inés.

—¿No queríais subiros al dichoso tren? —cuestionó Asier—. Pues esto es lo que hay. ¡Ahora ya no vale quejarse!

Desde esa primera sala pasaron a una segunda en la que los animatrónicos tenían un aspecto más descuidado. Iker se fijó en un oso con aspecto siniestro: de los brazos y las piernas asomaban cables y, cuando abría la boca, se veía una parte de su mecanismo..



En esta sección, la música sonaba algo distorsionada y no se entendía bien la canción que se suponía que estaban cantando los muñecos al abrir y cerrar la boca.

—**PUF...**, qué mala pinta tienen esos cacharros —comentó Gertrudis.

—**USTED TAMBIÉN** —respondió una voz.

La abuela se sorprendió al escuchar el comentario, aunque no estuvo segura de haberlo oído o haberlo imaginado. Iker tuvo una sensación parecida.

—**Este sitio está fatal.** Tiene todo estropeado —dijo el padre de Iker—. No le vendrían mal unos cuantos arreglos.

—Pues anda que a ti... —respondió alguien.

Iker y su padre se miraron el uno al otro.

—¿Tú también lo has oído? —preguntó Asier inquieto.

Iker dijo que sí con la cabeza y después se giró hacia los animatrónicos. Habría jurado que la voz había venido de ahí.

De repente, las luces se apagaron y la música dejó de sonar, sumiéndolo todo en la más profunda oscuridad.

—**¡Ah! ¡Mamá!** ¡Tengo miedo!! —gritó Álex.

—¡Yo también! —chilló Inés.

—No os preocupéis. Seguro que solo ha sido un fallo y enseguida se encenderá todo otra vez —intentó tranquilizar Marta, aunque su tono sonó un poco inseguro.

Las luces parpadearon un instante; fue el tiempo justo para que Iker se diera cuenta de que ahora los animatrónicos los estaban mirando fijamente. Todo volvió a quedar a oscuras y, después, se iluminaron solamente los ojos de los animatrónicos.

—**AY, MADRE...** —murmuró Asier.

Las luces subieron un poco, pero no demasiado. Alcanzaban a ver las formas de los animatrónicos y el brillo de sus ojos.

Desde algún lugar de la cueva llegó una risita siniestra. Entonces, el oso en el que se había fijado Iker salió del sitio en el que estaba y empezó a avanzar hacia el tren.

—**¡Eh! ¡Un momento!** —dijo Marta—. ¿Esas cosas pueden andar?

A modo de respuesta, el resto de los animatrónicos empezaron a caminar también hacia ellos.

—**¡PAPÁ!** —chilló Álex como loco, dándose la vuelta y saltando por encima del asiento hacia su padre—. ¡¿Qué hacemos?!

—¡Yo qué sé! —respondió Asier abrazándose a su hijo. Inés también se le echó encima.

En la última fila, Marta y Gertrudis se abrazaron la una a la otra, mirando a los animatrónicos con terror.

—¡lker!! —gritó la madre—. **¡¿QUÉ HACEMOS?!**



¡Ay, ay, ay! ¡¿Qué tensión!!

¡¿Qué puede hacer lker?! ¡Decide rápido!

¡¿Que vienen!! ¡Hay que salir de aquí!

¿HACIA DÓNDE QUIERES QUE HUYAN?



**Hacia la salida de la atracción:
pasa a la página 204**



**Hacia el interior de la cueva:
pasa a la página 96**



—Yo creo que es mejor que nos ayuden —propuso Álex—. A mamá y a papá se les da bien encontrar cosas.

—UMMM... No sé si es buena idea —planteó Iker.

—¡Somos cabras, Iker! —replicó Inés—. ¿No crees que nos vendría bien la ayuda de algún humano?

Iker tuvo que reconocer que su hermana tenía cierta razón.

—Vale, podemos intentarlo—admitió—. Pero a ver cómo hacemos para que nos entiendan...

—¿Por gestos? —propuso Álex.

—HMM..., gestos... Siendo cabras... —repitió Iker—. De acuerdo. A ver qué se nos ocurre...

La madre estaba abrazando a sus hijos pequeños cabras, cuando Iker dio unos pasitos para atrás y golpeó el suelo con las patas delanteras.

—¡Qué mono! Mira cómo baila —comentó Gertrudis.

Iker apuntó con la cabeza hacia las atracciones, pero sus padres no parecieron entenderlo.

—¿Qué le pasa? —dudó Asier.

—Creo que le duele el cuello —dijo Marta.

Iker baló hacia sus hermanos y ellos hicieron el mismo movimiento que él.

—Qué bonitas son, las tres cabras haciendo lo mismo, tal vez quieren hacernos un baile —dijo la abuela con una sonrisa.

Iker negó con la cabeza y se puso a hablar con sus hermanos, mientras sus padres y su abuela no entendían lo que fuera que se estuvieran diciendo.

—**Meeee, meee. Meeeee. Meee** —decía Iker.

—Mee, mee —respondía Inés, que no parecía muy convencida.

Álex, en cambio, se puso a dar pequeños saltitos, con ganas de empezar a hacer lo que parecía que se les había ocurrido. A continuación, Álex se colocó en primera posición, con Iker a su espalda. Inés no iba a participar en esto y se situó a un lado.



Álex empezó a balar una y otra vez, mientras Iker se asomaba por detrás de su hermano con cara de miedo. Estaban intentando imitar el momento en el que Arancha hablaba a cámara mientras la oveja Wandy aparecía por detrás enseñando objetos, pero sus padres y su abuela no se enteraban de nada.

—**¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!** —se reía Marta—. ¡Mira qué caras ponen!

—Es como cuando nos hacían teatro en casa de pequeños —añadió Asier—. ¡Ja, ja, ja!

Al final, Iker se hartó de intentarlo y soltó un balido más fuerte de lo normal.

—**¡MEEE! ¡¡MEEEEEEE!!**

A sus padres y a su abuela se les borró la sonrisa de inmediato.

—¡Uy, qué carácter! Este baile ya no me gusta, eh —se sorprendió Gertrudis.

—Sí, pero eso es así siempre. No es porque esté convertido en cabra —comentó Marta.

Iker resopló y volvió a apuntar a las atracciones con la cabeza. Sus hermanos se unieron a él e hicieron los mismos movimientos y al mismo tiempo.

—**Jo**, qué sincronización —murmuró Asier.

—Ojalá se pusieran de acuerdo igual de rápido para poner la mesa para cenar —añadió Marta.

—Parece que apuntan todos hacia allá, ¿no? —propuso Gertrudis.

Los padres de Iker miraron en esa dirección.

—La casa de los espejos —dijo Asier al leer el cartel de una de las atracciones cerradas. Después volvió a mirar a sus hijos y pareció darse cuenta de algo—. ¡Ah, claro! ¡Por eso hacen todo igual! ¡Son espejos!

—**¿Seguro que es eso?** —dudó Marta.

—¡Sí, mira, están señalando hacia allá! —indicó Asier con la mano.

Iker y sus hermanos creyeron que les habían entendido y estaban apuntando hacia las atracciones, así que se pusieron muy contentos. Álex empezó a balar con emoción.

—¡Meeeee! ¡Meeeee! —decía mientras movía la cabeza arriba y abajo.

—**Vale, ¡vamos!** —aceptó Asier.

Iker y sus hermanos vieron a sus padres corriendo hacia las atracciones y se felicitaron entre ellos por haberlo logrado.

—¡Lo han entendido! —dijo Inés—. ¡Increíble!

—¡Sí! ¡Menos mal! —admitió Iker—. Vamos con ellos a... Un momento, ¿a dónde van?

Los padres de Iker se metieron en la casa de los espejos, seguidos por la abuela.

—¡No! —gritó Álex.

—¡No era ahí! ¡¿Qué hacéis?! —preguntó Iker yendo detrás de ellos.

Sin embargo, sus padres y la abuela se metieron en la casa de los espejos antes de que pudiera alcanzarlos. Desde la entrada, pudo oírlos hablar entre ellos con duda.

—**¿Patata?** —preguntó Marta.

—**¡Patata, patata!** —respondió el padre.

—**Patata...** —comentó Gertrudis con cansancio.

—Tenemos que sacarlos —dijo Iker asomándose al interior.

Estaba oscuro y había un pasillo lleno de espejos que parecía no acabar nunca. Álex se adelantó a sus hermanos y después entraron ellos también. Se separaron en el primer cruce de caminos y siguieron andando en diferentes direcciones mientras se llamaban entre ellos, pero Iker enseguida tuvo la sensación de no saber por dónde seguir.



—¿ÁLEX? ¿INÉS? —llamó—. ¿Dónde estáis?

—¡Aquí! —respondieron los dos.

—¡Eso no me ayuda! ¡«Aquí»! ¿Dónde? —preguntó.

—No sé..., aquí, en una esquina —dijo Álex—. No veo nada más que espejos.

Iker intentó seguir la voz de su hermano, giró en una curva y le vio al final de un pasillo. Corrió hacia él y Álex vino directo hacia Iker, hasta que Iker se estampó de frente contra un espejo y comprendió que había estado corriendo hacia su reflejo.

Marta, Asier y la abuela seguían diciendo patata sin parar y sus hermanos seguían llamándole, pero Iker no consiguió encontrar a nadie por más que buscó. Era como si estuviera solo en aquel laberinto. Fue entonces cuando comprendió que nunca llegarían a salir de allí...



Oh, no... Se han perdido para siempre...

Tu intención era buena, pero ha salido mal.

Habría sido mejor que Iker buscara solo.

¿QUIERES PROBAR ESA OPCIÓN?



Si la respuesta es sí, ve a la página 176



Si la respuesta es no, cierra el libro y déjalos convertidos en cabra y perdidos en el laberinto para siempre...



Marta iba a sacar el colgante del bolsillo, cuando Iker le pegó un mordisco a la parte de abajo del pantalón de su madre y empezó a tirar.

—**¿Qué haces, Iker?** —preguntó Marta tratando de echarse atrás—. ¡Que me rompes la ropa!

—¡Iker, deja a tu madre, hombre! —pidió su padre mientras lo agarraba por el lomo para separarlo.

Por fin lograron apartarlo y Asier se colocó por delante haciendo barrera, igual que un jugador de baloncesto protegiendo la canasta.

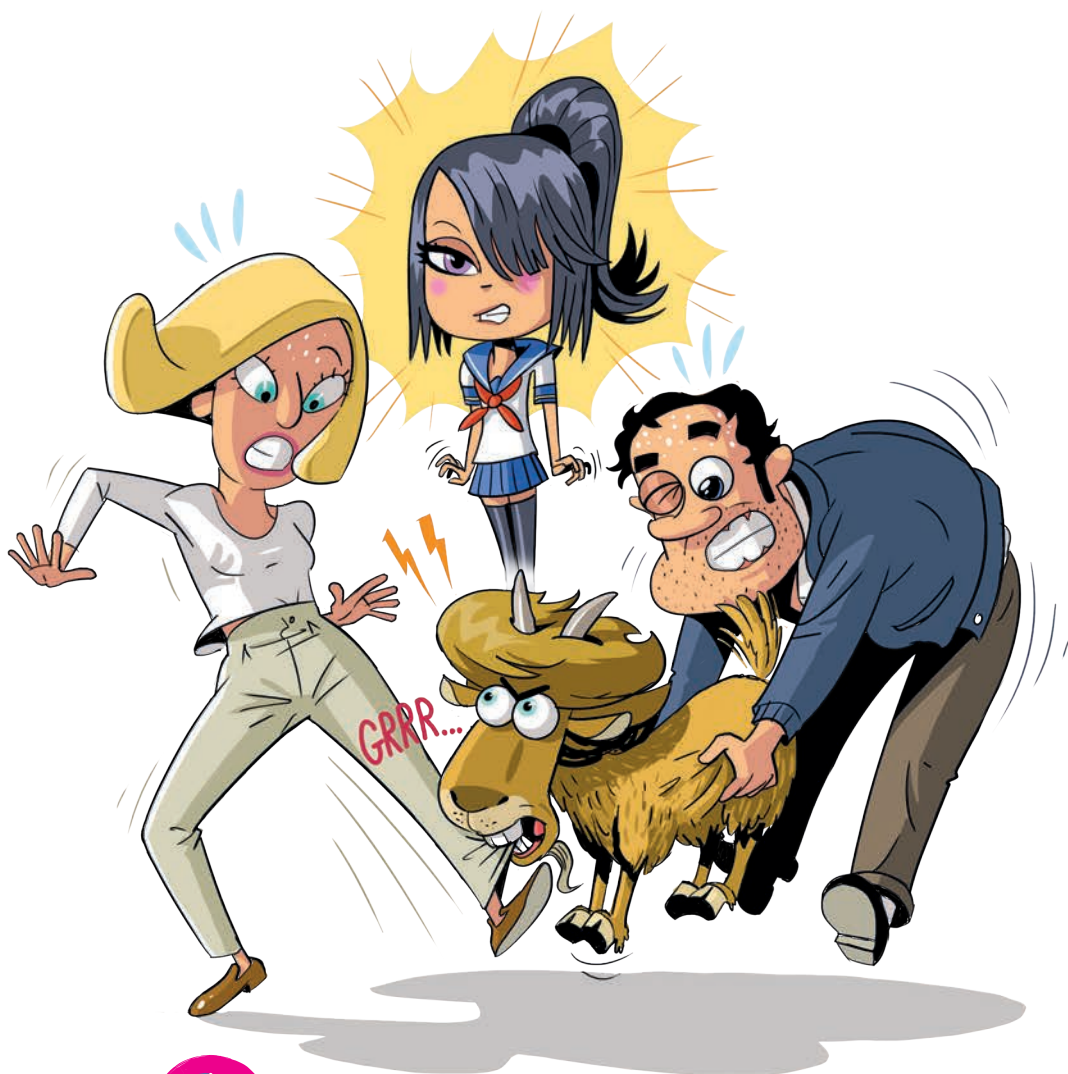
—**¿Seguro que su cabra está bien?** —preguntó Yolanda.

—**¡NO, HIJA, BIEN NO ESTÁ!** —se quejó Marta mientras sacaba el botón y se lo daba a la chica—. Toma, aquí tienes.

Yolanda no dijo ni gracias. Rompió el cordón para quedarse solo con el botón y salió corriendo al instante en dirección a la montaña rusa.

—Uy, qué prisa le ha entrado... —comentó Gertrudis.

Iker negó nerviosamente con la cabeza y soltó varios balidos antes de echar a correr detrás de ella.



¡Que se lleva el botón! ¡Deprisa!



¡Pasa a la página 220!

**ATRAPADOS EN EL PARQUE
DE ATRACCIONES MALDITO**